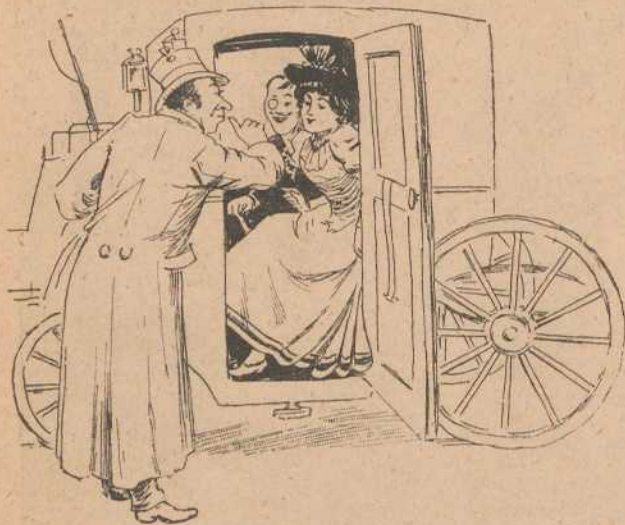


Un gran marido

NICANOR y Consuelo pasaron la noche de novios en continuos arranques de cariño y de pasión inmensa... Así les sorprendió el día penetrando el primer rayo de sol por el cristal de las vidrieras, sin romperlo ni mancharlo.



—¡Oh! ¡Qué hermosa estás con el desarreglo natural de estos trajines,—dijo el marido, estampando un sonoro beso en la garganta de su nueva esposa.

A este beso correspondió ella con otro, tanto ó más apasionado...

Y siguieron las caricias hasta llegar á un verdadero y brutal exceso.

—Esto es demasiado, ninito,—dijo Consuelo incorporándose en el lecho y dejando al descubierto sus tentadoras formas.

—Pues aun es poco para saciar la violentísima pasión que tengo aquí... en el pecho,—añadió Nica-

nor, que tenía más de romántico que de otra cosa.

—Bueno, pues ya estoy satisfecha; y te advierto que soy bastante descontentadiza. Conque, basta por hoy, y vamos á la calle á respirar los aires puros y estirar un poquito las piernas, que buena falta nos hace.

Y así se hizo.

Consuelo se vistió en un dos por tres, y Nicanor hizo lo propio, estrenando desde las botas hasta el sombrero, cosa natural en un marido al día siguiente de la boda.

La mosca coqueta



Por fin, llega el macho... sus patitas se enredan, sus alas tiemblan con lujuriosos espasmos... y en uno de sus amorosos extremos pierden el equilibrio y...



Dentro del tintero... en aquel fondo negro y tenebroso, se dan el último abrazo.

¡Hasta las moscas acaban así cuando empiezan mal!